

JESÚS CUESTA ARANA

Juan Belmonte

Por las caras del tiempo

algaida



Primera edición: 2015

© Jesús Cuesta Arana, 2015
Ilustración de cubierta: El viejo Pasmó, de Jesús Cuesta Arana
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-218-1
Depósito legal: SE. 125-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PRELUDIO DE PEPE LUIS VÁZQUEZ



Pepe Luis Vázquez

No se me despintará de la memoria el primer encuentro con Juan Belmonte: fue en vísperas de mi debut en Sevilla, en el año 38, precisamente cuando él me invitó a tentar unas vaquillas en su finca Gómez Cardeña. Ese es el primer recuerdo que retuve de Juan. No se me fue de la mente su retrato. Era un hombre que imponía por su gran personalidad.

También recordaré siempre una corrida cuando la guerra, o sea, en el 36, aquí en la Maestranza. Ese día toreaban con Juan, Cagancho, La Serna, Bienvenida (Manolito)... Recuerdo que a Belmonte le tocó un toro de Guadalest al que toreó maravillosamente con el capote. Lo tengo todavía en la cabeza. Aquel día llevaba un traje de torear azul con los bordados de plata. La primera vez que lo vi, y la última, vestido de luces.

Siempre le noté que sintió mucha simpatía hacia mi persona, de cuando yo era apenas un chiquillo. Me llevaba al campo. Cuando empecé en el toreo me prestó una valiosa ayuda. En mi casa se oía hablar mucho de Juan Belmonte; mi padre y él fueron grandes amigos. Mi padre fue novillero con poca fortuna en la misma época en que él también arrancaba al toreo. El maravilloso torero despegó y mi padre se quedó en el camino.

En lo que he dicho estuvo el origen de mi contacto personal con el incomparable maestro y el nacimiento de una fuerte amistad, que como se sabe, se agranda o se achica con el tiempo. Todo depende de la manera de congeniar que tenga cada uno.

Era un hombre más bien corto, callado; hablaba poco. Pero cuando decía una frase era la campana de Toledo. Y con todo eso, era un hombre afectivo, generoso y muy seguro de sí mismo. Aunque parezca una cosa rara, la mayoría de los toreros que he conocido de aquella época, y sobre todo, los que me gustaban más como Chicuelo y Belmonte eran personas retraídas. Personas que no se les veían en una reunión queriendo despegar. Estaban siempre como escondidos detrás de la mata, no dándose importancia. Por lo menos, esa era la sensación que me daba, sobre todo, Juan: las de ser personas muy tímidas.

En Gómez Cardeña, al lado de Utrera, tentamos muchas becerras tanto el maestro como yo, e incluso llegamos a torear algunos festivales juntos, en Algodonales... En el campo, se echaba a la faena como uno más y apretaba lo suyo. Un ejemplo para todos nosotros; los que queríamos ser toreros. Esa era la verdad. Su colocación, sus maneras, su tremenda personalidad... Un espejo donde teníamos que mirarnos todos los que empezábamos a echar los dientes en el toreo. Era un auténtico maestro. Una maravilla.

Juan Belmonte tenía dos cosas importantísimas que todo torero debe tener: el torear despacio y el valor. Nació con esas dos cualidades, ¡y se ha acabado! Se le veía por la calle y su figura no era garbosa; sin embargo, delante de los toros era un portento; se transfiguraba, se ponía bonito; eso es un don natural, no sé... se nace con eso.

Alguna vez me acerqué a la tertulia de Los Corales, donde iba gente muy variada. El tema de conversación no se centraba en lo puramente taurino, sino que se hablaban de muchas cosas. Era una reunión de amigos, más que otra cosa: uno llegaba y el otro se iba... y así. Por allí aparecían el doctor Mozo, Bernal el sombrerero, Bollaín, Vaquerizo, Galisteo, Pepe Zarco que era un torero de Triana de los tiempos de Belmonte, Riverito, y ganaderos y las amistades de siempre, y algún que otro entusiasta y pedigüeños como el Modelo.

Una estampa que no se dará más en Sevilla.

Recordaré siempre a Juan toreando en el campo, como si lo estuviera viendo ahora mismo, en ese almacén de la memoria, en ese rincón que tiene uno en el corazón reservado a las cosas importantes. Su persona, su temple, su negación del no, su sabiduría natural, su manera de torear; daba gusto verlo moverse delante de la cara de las becerras. Nunca corría, y se iba sin ningún movimiento brusco; lo mismo que toreaba. Y nosotros preguntándonos que cómo se las apañaba que dejaba siempre clavada a la becerra donde él quería y luego se iba andando desahogadamente, sin aperturas, y nosotros en cambio, teníamos que alertar las piernas y salir corriendo cada vez que la poníamos en suerte. La inteligencia del gran torero que tenía aprendido: la becerra para donde se quiere ir para allá, entonces yo, en vez de ir para el mismo sitio, —para donde quiere ir el animal— me voy para el lado contrario. Empecé a darle vueltas a la cabeza. ¿Qué ciencia es la que tenía este hombre? Porque la cosa más principal en el toreo es que hay que aprender el oficio. Hay que saberse todas las reacciones del toro, las querencias y los sitios. Al cabo de cierto tiempo me di cuenta de que el maestro no corría delante de la cara de las becerras porque miraba para adónde quería ir y se iba para el lado contrario. Terminé empleando este sistema; yéndome andando sin tener que correr, siempre resultaba más airoso.

Los toros en los tiempos de Juan Belmonte se presentaban más violentos; después, el castigo en varas era menor, porque los caballos de picar eran auténticos pencos. Sin peto, los toros llegaban casi enteros a la muleta. Había que poderle a los toros y luego torearlos. Después la Fiesta de los Toros se fue humanizando, echándole agua al vino. Aunque hay que reconocer la dureza de aquellos tiempos. No resultaba nada agradable ver un caballo con las entrañas fuera agonizando en el ruedo. Hoy, eso no se podría resistir. Los tiempos cambian. Es ley de vida.

Juan Belmonte, no estaba encuadrado dentro de ninguna escuela. Eso de las escuelas no existe. La escuela es única. La escuela es la misma. Solamente, lo personal, la interpretación o el entendimiento que del toreo tenga cada uno, es lo que vale, es lo que tiene suma importancia. Algunos toreros sevillanos tuvieron unos modos de adornarse a su manera, eso no quería decir que fuera una escuela. Lo primero es hacer el toreo bien, cada uno como lo ve y lo siente, pero haciéndolo bien, casi buscando esa perfección que no existe. Hay toreros

diferentes como hay toreaos diferentes. Belmonte toreó de una forma diferente a los demás; no hizo caso de las viejas reglas y acabó imponiendo una nueva concepción del toreo, donde reinaba, por encima de todo, el arte, el sentimiento y la pasión.

A mi forma de ver, el toreo está basado en la cabeza, en el corazón y el sentimiento que se ponga. También en el pensamiento. El miedo ayuda a tener valor. El toreo está ahí: en el aire. El toreo, o tiene una respuesta definitiva, o no tiene respuesta. En ese sorprenderse a sí mismo está el misterio.

Por eso soy tan reacio a buscar definiciones o a escribir de toros. Otras de las aficiones que compartí con él fueron las faenas de acoso y derribo. Un maestro con la garrocha en el campo, coincidimos muchas veces tanto en su casa, como en la de otros ganaderos. Faenó con los mejores garrochistas que había entonces. También en esto daba mucho que aprender.

Se me viene a la memoria un sucedido que retrata con buena luz su forma de ser:

En una de mis reapariciones me dio aviso para que acercara a torear algunas vaquillas en Gómez Cardaña. Ya tenía uno tres hijos y otro que venía de camino. Entonces, después de la tiente, a la hora de la merienda, me dijo:

—Me he enterado que ya tienes algunos hijos.

—Sí. Tengo tres.

—¿Varones o hembras?

—Tres varones y lo que venga.

—Ah, ¿sí?

—¡Gente para la guerra! —le dije bromeando y me contestó:

—¡No hombre! Para la guerra, no. Para la paz, para la paz... ¡La paz...!

Su muerte fue una mala sombra y un sufrimiento que se cernió por toda Sevilla. ¿Quién se iba a esperar aquello? El sentirse viejo, enfermo, creó en su interior una soledad demasiado grande; un toro que le fue imposible de lidiar por más que tratara de templar los ánimos cada día. El día que le enterraron había un silencio total en Sevilla, un silencio de respeto. Fue un sufrimiento para todos. Luego vinieron los problemas a la hora del enterramiento. El suicidio no era plato de buen gusto y por la Iglesia menos.

Y... ¡Yo que sé! ¡Un sufrimiento!

Lo que le deseo a Jesús Cuesta Arana es que en este libro, que ha escrito sobre esta figura única y su recuerdo, tenga todo el éxito —auguramos que sí— que se merece este maravilloso pintor, escultor, escritor y aficionado que tanto tiempo ha estado buscando la memoria viva de Juan Belmonte. Ha puesto mucho sentimiento, por lo que he visto en la obra, y de esta manera es como mejor se llega al corazón de la gente. Tanto la labor del torero, como la del escritor, o cualquier otro artista, necesita una respuesta afirmativa de los públicos que premian la entrega y buen hacer. En entregarse, en saber aguantar todas las sombras de la duda y afianzarse en lo que uno quiere hacer, está el camino del aplauso.

Tengo la fe en que Jesús Cuesta Arana, desde su gran amor y afición a la Fiesta de los Toros, a través de la historia y la fábula de Juan Belmonte, nos enseñará su retrato, un retrato diferente, que él ha ido iluminando y sombreando cada día desde el silencio. Todo un río, un Guadalquivir de sentimientos expresados corre por las páginas de este libro que va paseando la vida y la memoria de unos de los toreros más inmensos, por no decir el más... El hombre que, desde niño, fue tocado por la tristeza.

Juan llevaba por dentro una misteriosa tragedia.

PALABRAS AL LECTOR

La primera noticia que tengo sobre Juan Belmonte es la imagen en una pantalla borrosa, entre la neblina. Quiero recordarme de niño —contado los diez años— como actor en una comedia, en una obrita taurino-musical. Obra y gracia de un fraile, profesor de Geografía. El asunto, el de siempre: un zapatero remendón que pierde la chaveta por los toros.

A uno le toca representar tan exiguo papel —una bicoca— de cantar al promedio de la representación solamente esta estrofa:

Yo me llamaré Belmonte.

Mientras el maestro del cerote va a aliviarse por dentro y por fuera a la tabernilla de al lado, los aprendices organizan la trastada de una corrida de toros y ponen el taller mangas por hombros.

Pero, donde uno descubre la verdadera dimensión del mágico torero, su imagen y su historia, es a través de un maletilla que conozco, cuando se me escapan ya por el labio superior las primeras pelusillas como una hilera de hormigas.

Aquel muchacho, Cabrerito (se apoda), de clara traza belmontina; poca estatura, distraída armonía en el andar; tardo en el habla y hasta un poco prognato, se acerca cada tarde, con el sol ya una naranja, a nuestra casa de campo al proculo de alguna pitanza con que arrimar caloría al cuerpo cansado del día entero de brega de cortijo en cortijo. Lleva el maletilla en el hatillo una biografía de Juan Belmonte: se trata de una edición de la revista *Estampa* que escribe Chaves Nogales. Cabrerito se entretiene en la larga espera de ver el sueño venir (el sueño de ser torero), leyendo con faraónico esfuerzo —la escuela es para él por fas o por nefas, una rabona perpetua— la vida y prodigio del paradigmático torero de Triana. La vida ensoñadora que brota entre página y página. Las deshilachadas hojillas donde reina el sudor de las manos (o de la frente) de un muchacho que en los momentos de adelgazo del ánimo o del corneo terne de la soledad, deletrea como un parvulillo el mugriento devocionario donde se reza la fábula de su ídolo más adorado. Nunca echó al olvido a aquel torerillo que siempre porta entre los trastos de torear la vida de El Pasma de Triana (otro maletilla, desnudo y con la luna), y que lee lentamente, como en el verso de José C. de Luna «con la parsimonia de un antiguo rito».

Unos años después, la sombra del torero de Triana se hace tocante en la reliquia de un capote suyo. Verán ustedes: lo cuento en un artículo publicado en el *Mundo de los Toros*. Periódico de Jerez *Información*. He aquí la historia de tres chiquillos toreros tocados por el aire, por el genio belmontino.

Me transcribo:

El mayoral de la ganadería de José Quesada Márquez, (adquirida a Juan Belmonte después de su muerte), señor Diego Mateos, guardaba en su casa a cal y canto una reliquia: ¡Un capote de Juan Belmonte! ¡Increíble!

Después de todos los ruegos del mundo y por la valiosa mediación de su hijo Dieguito —luego picador de toros—, y por la indesmayable tenacidad de Paquito de Larios —novillero que llegó a ser— y el que esto escribe, que por aquéllas fechas (1964) también anda gateando futuras glorias taurinas, los tres, entre los tres, logramos un día de primavera atrapar el sueño por la cola. El viejo mayoral, no sin antes descargar unas draconianas advertencias sobre nosotros, apresados por una indefinible emoción, vimos como accedió de buena manera a prestarnos; aunque solo fuera por unos minutos, con el tiempo contado, aquel mágico juguete de percalina descolorida que olía a bolilla de alcanfor. Y así, cada tarde, al lubricán, la terna caliente de los tres chavales, echábamos el capote prodigioso al vuelo. El capote recortadito que parecía que toreaba solo. Un capote que tratábamos con el mimo de un ejército de soldaditos de porcelana. Un capote catalizador de nuestra conducta infantil. Un juguete de percal bordado con los hilillos más sutiles de la historia de las cosas. No cabía en nuestras mentes que con aquel pequeño continente de color grosella, unas manos portentosas hubieran trazado un día verónicas rematadas con el compás dionisiaco del cante dramático de los gitanos de la Cava.

Pensar o imaginar que en su apariencia, el capotillo de percal descolorido que nosotros manejamos torpemente, siembre otrora la locura en los tendidos.

Concluyo el escrito:

¿Sería todo aquello un sueño? En estos momentos no puedo evitar hacer una pregunta al viento: ¿Qué habrá sido de aquel capotillo de nuestra niñez?

A lo mejor el tiempo responde por mí en este libro que el lector tiene ahora en sus manos.

La obrilla de teatro, el maletilla y el capotillo... un retablillo barroco aventador del olvido, que ilumina y sombrea mi empeño —siendo ya uno pintor de profesión— de hacerle un retrato a Juan Belmonte. Quiero ambientarme sobre el personaje y no encuentro mejor manera que la de irme a dar un paseo largo por su memoria, y de camino, a ser posible, conocerlo mejor, sin mengua del ánimo. De modo que de un cuadro surge la idea de escribir un libro sobre el ídolo de Triana. La idea en un principio se reduce a la recopilación y anotación de textos bibliográficos para obtener de este modo una visión panorámica del modelo a retratar. Meto mano a la obra, que en un principio solo tiene carácter documental o de documentación. Pero he aquí que ya en la pérdida y en el río, el entusiasmo crece

inusitadamente y ya no encuentra uno la orilla. Solo cabe un remedio para la enfermedad: nadar y bucear por la memoria viva de uno de los personajes más fascinantes que se pueda imaginar.

Me siento ciertamente motivado por dentro y por fuera. ¿Cómo se ha de explicar tanto tiempo, (días, meses, años) en el rastreo por la historia de un hombre misterioso del que se escriben quintales de páginas? Aunque muchas de estas páginas, bien es verdad, con la vocación de la noria. Variaciones sobre un mismo tema. Como en repetición es Belmonte, más por sus hazañas inventadas que ciertas, cuyo corolario pinta muchas veces una cenefa de retóricas sensibleras. Cuando él mismo se define como la antirretórica. Siente más que habla. Emplea más los gestos que las palabras.

Todos los que osan definirlo divagan o yerran a troche y moche.

Es eso: un torero que habiendo nacido en Sevilla torea a la manera rondeña. Un torero que nace en la calle Feria y es trianero. Una contradicción. Su vida se fragua en una permanente armonía de contrarios. La personificación del temple y su secreto. ¿Quién se atreve a definir un misterio? Supone tanto como buscarle las cosquillas al alma.

Bueno, a lo que voy: después de un sinnúmero de averiguaciones, horas de hemeroteca y biblioteca; tiempo que se va en la bulla de las tabernas oído avisor y sonsacando; de recorrer mundo allí donde se note el caño de agua de la afición a los toros: conferencias, las puertas de las plazas, las mil y una tertulias... La imagen de Belmonte se semeja ya una montaña, entre la calima, que como la violencia del ferrocarril atrae cada vez más.

Alterno el papeleo escrito, con las voces de carne y hueso: la fuente escrita y la fuente oral. Al batiburrillo de la letra impresa, le sigue la candela premiosa de la gente que recuerdan al torero de leyenda; ora en la plaza, ora en la calle, ora en el campo, ora en la vida, ora en la muerte. Que una cosa es la memoria y otra el recuerdo. Hay quienes piensan que la memoria a veces deforma, falsea o sublima el recuerdo. Y sale el maestro Valle-Inclán y escribe en la pizarra:

Las cosas no son como las vemos sino como las recordamos.

El profesor Manuel Alvar piensa que hacer la biografía de un torero encierra mucho riesgo, porque el torero se desplaza (en el bien y en el mal) hacia el límite del mito; entonces la historia se desvirtúa y el relato no cuenta por la historia, sino por su representación en la historia. Es verdad. El mito de Juan Belmonte, a partir de las noches de toreo furtivo en Tablada, crece o se acelera más que la historia del hombre y sus conjuntos. A partir del genio trianero el mito del torero empieza a sombrearse.

No se entiende como un torero arquetípico. El torero más torero en la plaza se conforma como la figura más antitorera en la calle. ¿Quién se puede figurar que aquel hombrecillo con traza de maestro escuela rural eleva el toreo a la suprema categoría de Arte?

Después de pergeñar unos centenares de folios, aún me retrato en la neblina interior de buscarle un acomodo estilístico y estructural al libro que doy por acabar. La misma sensación que siento ante un cuadro que se da por terminar. La misma sensación de vacío.

La misma confusión. Belmonte abrocha su vida torera con una media verónica, pero no se siente satisfecho porque sigue metiendo un capote allí donde lo dejan. Todo se da por terminar... Siempre la duda permanente. Siempre.

En este libro hay un cierto orden cronológico, una ordenación lineal de los tiempos en la historia del personaje, lo que lleva a pensar en la crónica.

También podemos encontrar en estas páginas una relación o historia de las acciones más notables acaecidas en la vida del fabuloso espada; esto en los diccionarios ilustra que es biografía o semblanza. También, diacrónicamente, encontramos en las carillas del libro una relación o inventario o exposición de hechos o motivos que vienen a ilustrar la historia, primero del torero y luego del hombre, o viceversa, según se mire. Y por último, esta obra tiene pinta de reportaje porque además de la abundancia de textos periodísticos que en ella se recogen, existe una información sobre un torero (persona) y el toreo (materia). Ya sabemos que el reportaje se diferencia sensiblemente de la crónica. El reportaje tiende a la exposición de los hechos más objetivamente. También incluye ráfagas de poesía alternada con vetas filosóficas. En conclusión: el libro tal vez sea la suma de todas esas cosas a la vez. Lo más próximo a un ensayo.

Al fin y al cabo, hemos de creer como Bergamín que Juan Belmonte no camina en la historia sino en la memoria del toreo.

Al hilo de la historia del hombre (y del torero) tengo muy en cuenta el paisaje, por ello hemos ido salpicando el texto con estampas costumbristas escritas, meramente ilustrativas. Por otro lado, el lector, puede observar las extensas transcripciones de crónicas taurinas —tiene tres etapas de torero—, algunas de ellas deliciosas, otras parduzcas, otras divertidas, pero que en definitiva da una idea global por donde circulan los sentimientos y pasiones que despierta el fenómeno a la gavilla de plumas, plumillas y plumíferos que se emplean a fondo entre el claroscuro de los taquígrafos.

He puesto un tacto especial a la hora de escoger el variado muestrario de las crónicas taurinas que se escriben sobre el mítico lidiador. Creemos que los textos que se reproducen aquí, aparte de su valor documental, tienen otro valor añadido, que es el sentimental. No hay que echar en saco sin fondo que estas crónicas son, sin duda, leídas por el propio protagonista de la historia. Esas crónicas, que algunas veces oculta el maestro dobladita en los bolsillos, para dársela a leer en la intimidad a los amigos.

El tratamiento de las conjugaciones verbales se contempla por un lado desde el pretérito que se expresa en los escritos y en los testimonios orales y por otro, el presente histórico que emplea el autor, para ofrecer así una mayor sensación de vigencia, versatilidad y una perspectiva más cercana.

Hemos velado por ofrecer al lector una crónica sentimental y torera de Juan Belmonte, al que apelan santo y galápago con la misma alegría que se echa al colete usted, o yo mismo, un chato de vino. Lo fascinante de Belmonte es que siendo un hombre de altas luces prefiere siempre nadar por las sombras. Vuela demasiado alto. Es modelado con el barro del misterio.

Al socaire de las crónicas belmontinas, se van oyendo otras voces, opiniones, pensamientos, sentimientos e imaginaciones que vienen a ser en definitiva la columna vertebral de este libro.

El oscuro asunto, la espina negra de su muerte elegida —el suicidio— se ofrece por vez primera en pantalla panorámica en las páginas de un libro. Lo que se dice y lo que no se dice. Una aproximación más cercana a la realidad. En este amargo capítulo se vierten muchos embrollos y especulaciones que tratamos de aclarar en lo posible. Nunca sobre tan espinoso asunto se escribe tanto. Con la ayuda inestimable de familiares y testigos de primera mano.

Centenares de informantes acuden a mi llamada, desde el maestro Pepe Luis Vázquez a ese otro maestro, pero del cante, Naranjito de Triana. Con el impagable testimonio oculto de la voz popular, esa voz anónima y desvivida. Lo mismo los famosos que la gente sencilla hablan y recuerdan al inmortal torero. Pepe Luis me brinda el inmenso honor de abrir con su prólogo tan natural —de viva voz— este libro. De lectura deliciosa. El torero de San Bernardo es un monumento a la claridad y la gracia. Un sueño.

Se cuentan muchas las personas de edad que echando viento y fuego a la memoria reviven el recuerdo de El Pasma de Triana. Muchas de estas personas se van ya allí arriba, al ladito de las estrellas: Marcial Lalanda, Miguel Atienza, Rafael Alberti, García Ramos, Pepe Gitanillo, Luis Caballero, Naranjito de Triana, Fernanda de Utrera, Diego Puerta, El Vito, Luis González, Manolo Vázquez, Álvaro Domecq, Jonh Fulton, torero americano, Pérez Tabernero, Marqués de Albaserrada, don Leopoldo (conde de la Maza), Luis Fuentes Bejarano, Pepe Cabrera el del museo taurino de La Línea, el barbero de Triana...

Tengo siempre caliente la memoria de todos ellos.

Sin olvidar aquellas mañanas fresquitas de abril, una tertulia que tiene por telón de fondo un jazmín. Allí Luis Fuentes Bejarano y José María Calderón (el hijo el banderillero de Belmonte), los dos un rosario y un hilván de recuerdos del torero de Triana.

A Diego Mateos, el mayoral (Diego *el Conoseó*), que me ofrece la primera luz y razón sobre el legendario torero del mentón que veo y remiro en la revista *El Ruedo*.

A don José María Medina, aristocracia a raudales y memoria belmontina con muebles de los caros. El Andaluz, el torero. Gabriela Ortega herida por las sombras. Carpintero, treinta años en la casa de Juan Belmonte. Centenares de recuerdos. Una alfaguara de memorias. Doy las gracias a todos.

¡¡¡A Pepe Luis Vázquez!!!

Por último, al doctor en medicina y flamencología Rafael Belmonte García, que me da lección de que las cosas si se le toman con ilusión nunca conocen la *esaborisión* del aburrimiento. Rafael Belmonte es la pasión de un hermano. (Bien que se nota en muchas páginas del libro).

En fin, con este trabajo creemos recordar y revivir en lo posible la vida y la muerte de una leyenda en mágica tertulia del tiempo y el espacio. La intención final de este libro: convocar una gigantesca tertulia donde las voces de ayer y hoy se fundan y confundan en una anacronía que ignora los tiempos del verbo recordar.

Del genial torero puede que se escriba mucho, pero no se dice todo. El último libro que se escriba siempre tiene la palabra.

El libro se concibe en suerte de un solo capítulo por compartimentos donde los pasajes y las semblanzas se articulan y se enlazan atendiendo a un orden cronológico, con arranques meramente referenciales y no epigráficos. El texto va hilando con la imagen. Acompañan al texto, como carne y espíritu ilustrativo, una sucesión de retratos, de imágenes fijas del hombre y el torero que van a conformar la película de la mutación sufrida en un rostro al canto de las edades. Al hilo de sus retratos van apareciendo otros de personajes ilustres y menos conocidos que se movieron muy cercanos al torero. La estampa de Juan el Misterioso envejece al hilo de la memoria. Como ocurre en la vida. Su memoria no necesita una voz que le diga: ¡Levántate y anda! La memoria del orgullo de Triana es un arriate de rosas donde no falta nunca el agua.

Un aviso final. Veo necesario destacar, entre la galería de personajes que orillan, nadan, o bucean en la memoria del fenómeno de Triana, dos nombres: Joselito y Rafael. Ambos toreros de gran trascendencia en su dorada biografía. Joselito, desde la rivalidad (al menos la historia así lo dice). Rafael desde la hermandad, desde la siempre viva amistad; desde el envejecimiento juntos, que también queda escrito. Sobrevive a los dos toreros. A una muerte que levanta pronto el vuelo (José). Y a una muerte o a una agonía perezosa (Rafael). Sin los hermanos Gallos, la historia de Belmonte, se entona, se ilumina y se sombrea de otra manera, como torero y como persona.

Esta es la vida —de la voz al papel— de uno de los toreros más apasionantes, donde hay pobreza, lágrima, miedo, misterio, amargura, soledad, guerra, desesperación, rabia, desnudez, cosmogonía, melancolía, desamor, sangre, fracaso, dolor, ausencia, muerte y sombras... Y otra vida al lado contrario donde hay alegría, triunfo, fama, fortuna, deseo, himno, amor, contento, oración, gloria, gigantes y molinos, compañía, humo y luces...

Nada más, con este libro, el autor expone, cuelga en la pared un retrato de gran formato de Juan Belmonte, para que el lector a través de estas páginas descubra o adivine por sí mismo las zonas iluminadas y de sombras, o la atmósfera envolvente del retratado para que cada uno lo mire desde una perspectiva diferente y saque sus propias conclusiones. Este libro es un cuadro, o sea: una sugerencia. Vamos a darnos, despacito, una vuelta por este retrato en claroscuro, al son de las cuerdas de la memoria.

El drama barroco de un hombre que vive de la misma forma que muere: misteriosamente.

Decir a quien lea este libro, que las páginas que siguen no son más que el rastreo, la búsqueda de la memoria, la huella de un hombre y de un torero por las caras del tiempo al que llaman con buen fundamento misterioso y trágico. Al hilo de este viaje por los días

perdidos, busco con el ojo en la mirada el rastro luminoso o la sombra luminosa del personaje que pretendo componer en un cuadro.

Del libro al cuadro y de la tinta al color hay una larga sombra que recorrer, a pesar de todo y después de un montón de carillas rellenas, he tenido que echar mano a la imaginación.

El mito de Juan Belmonte se alimenta de sueños.

Lo que ustedes van a leer, si media la paciencia, es la huella o un largo paseo por las caras de un retrato. El doble alumbramiento de una ilusión: en tela y en papel.

J. C. A.

PRIMAVERA EN ABRIL. EN UNA CALLE DE SEVILLA. ARRANCA A LA VIDA UN NIÑO

Una creencia antigua dice que los años se cuentan por primaveras. He aquí que un niño sevillano va a jugar su primera primavera. Tres días después, en brazos de su madre es llevado a la parroquia de la vera, a un cantazo de tirachinas, no más, a echarle el agua bendita. Se encarga de este oficio un presbítero de sugerente nombre. Con caligrafía esmerada y pasmosa, va a redactar formulariamente el asiento de la primera ceremonia en la vida de un niño, o, de un hombre, según se mire. (La historia o la vida, una vez que pasa, se le puede dar manivela hacia adelante o hacia detrás). El primer relámpago sobre la raya del paisaje para la tormenta de letra impresa que se deja venir. Hilo y carrete; plumín y tintero: se abre la cortinilla de la memoria. Memoria es alma en boca del poeta. Recordar la vida de una persona es hacer historia con alma.

Vamos a recordar la historia de Juan Belmonte (con terno de luces y con terno de sombras). El primer documento se expresa así:

En la ciudad de Sevilla, a diez y siete de Abril de mil ochocientos noventa y dos, yo D. Antonio de los Aires, Pbro., con licencia del infraescrito Cura Ecónomo de la Iglesia Parroquial de Omniun Sanctorum, de la misma bauticé solemnemente en ella a Juan Bta. José de la Santísima Trinidad que nació el catorce del expresado mes y año, a las cinco de la mañana, en calle Feria, número setenta y dos, hijo legítimo de José Belmonte y Peña, natural de Prado del Rey, en la provincia de Cádiz y de María de la Concepción García e Ibáñez, de Sevilla, casados en ésta misma Parroquia. Abuelos paternos Juan de Algodonales y Ana de Bornos, ambos de la provincia de Cádiz y los maternos, José y María de las Aguas, de Sevilla. Fueron sus padrinos Juan Belmonte Peña y Concepción Peña Mancilla, casados y feligreses de ésta parroquia, a quienes advertí el parentesco espiritual, obligación contraída, siendo testigos, D. Ignacio Jiménez y D. Antonio Castañeda; en fe de lo cual firmamos, Fecha ut supra (...).

Gracias a los biógrafos de Juan Belmonte —que suman muchos— este primer documento, esta partida de bautismo llega hasta hoy. La quema indiscriminada y salvaje cuando lo del «jaleo del 36», que dice El Gallo, convierte a una parte del templo y a la totalidad del archivo en una pirámide de cenizas. Como en la nación entera, Sevilla, también se retrata en la imagen de esos dos garrulos de Goya, de barro hasta las trancas, y emprendiéndola a garrotazos el uno contra el otro. Cuando el blanco y el negro, los dos bandos, tiñen

ya a la Ciudad de la Alegría (la del poeta José María Izquierdo, no la otra) de una espesa costra de odio y de lo que es peor: de sangre.

Entre las pavesas vuelan también las partidas de nacimiento de Antonio Carmona *El Gordito*, Antonio Montes, los dos Gitanillos de Triana, Bienvenida... por nombrar solamente a los toreros.

La primera memoria que se traga la candela

No cuesta imaginar aquel humilde cortejo cuando salen de la iglesia, todo sonrisas abiertas y contentos con la llegada del primer niño. Ahora a buscar la collerita (nacen doce hermanos más, aunque de otra madre). Otro Juan, lo mismo que el abuelo por seguir la tradición. Ningún fotógrafo por allí, a pesar de que en las calles hierven aquellos hombres de gorrilla y babi de crudillo «impresionadores de un instante». Este mismo año, 1892, el periódico *El Porvenir* publica en primera página —es el principio de la fotografía impresa— la imagen del mago Onofroff.

La fotografía al alcance de todos reza el anuncio. Más magia, imposible para unos tiempos corrientes emuladores de la luz y el sonido.

No aparece nadie que prenda con la cámara de exposición y fognazo la escena, el primer retrato de familia. No hay nadie. El álbum sentimental queda desmancado. Tampoco le sienta mal a la historia o a la memoria, que algún pintor primitivista que pase por allí se lleve la escena en su candorosa retentiva. Ver al señor José, traje oscuro de buen corte, chaleco de fino forro bien animado por leontina de pura ley, alba la camisa con botonadura de nácar y el toque de una discreta pajarita en sesgo sobre el cuello duro. De estreno para la ocasión; no anda mala la veta: hay dinerillo. Puro nervio las oscuras manazas. La buena mano de negociante atusando una y otra vez el pelo crespo, todavía virgen de canas. En el empozamiento de su mirada —en los ojos el niño da cierto aire al padre—, chapotea sin interrupción la seca borrachera del momento. Se le nota al señor José la *vividura* de estar por aquí y por allá. No es hombre que tenga muñecos en la cabeza.

La reina del grupo familiar se llama Concha; una mujer menudita que frisa la treintena de calendario, guapetona, negrura en la mirada, y el pelo haciendo juego; no en ventaja en la estatura —que en esto sale el niño a la madre—; talle lleno de aire en reposo, humilde su porte y, sin embargo, hay distinción, una elegancia natural sin alharacas. Va de largo, de buen género de Gibraltar y con las buenas manos y el buen oficio de una costurera de la calle Relator (donde vive Joselito). El vestido todavía por el apresto huele a nuevo; sirve para la boda y ahora para cristianar al chiquillo y pronto para... (Pronto se ve para qué va servir). Camafeo del bueno compra en buena ocasión por el marido a un gitano de Utrera; el peinado recuerda a las musas de Julio Romero. Luce unos zarcillos en forma de lágrimas a cada lado por entre la alfaguara de pelo negro. Concepción García, callada y menudita y un poco tarda en el hablar; sonrisa liviana y dramática de labios hondos. El

niño es el padre. El niño es la madre. La letanía del barrio. Que el sabio Salomón reparta bien el parecer. Entre el balcón de los brazos de la madre se asoma el niño a la vida por poco tiempo, esa es la verdad: a dos años de camino viene la muerte y Concepción todavía no lo sabe. Va a salir un pajarito. ¡Esas caras tan serias! Y la familia apiñada en la sonrisa para un retrato de aire perdido en la memoria. Un retrato imaginario. Que no merece hueco en ningún álbum.

Se bautiza el niño un Domingo de Resurrección y en vísperas de la Feria de Abril. Aquella misma tarde hay toros en la Maestranza con Luis Mazzantini y Guerrita en la lidia y muerte de seis toros de Benjumea. ¡Cartel de fina seda! Al día siguiente: El Espartero, vestido de grana y oro, que con el torero «currutaco» Mazzantini, (pasea de frac y chistera por la calle Sierpes el mismo día de la corrida), van a entendérselas con los de la divisa verdinegra. O sea: los miuras.

Silverio en el cante: el Espartero en el toro; y en la calle: pregones, veladas y... anarquistas.

En la deliciosa simplicidad del trazo de Ortiz Nuevo.

Sevilla se entretiene con la brillante celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América. La Semana Santa enlaza con la Feria, sin solución de continuidad.

El profesor Collantes de Terán:

Sevilla acababa de sufrir las consecuencias de una gran avenida (todavía reza el azulejo que desbordado el Guadalquivir el día 8 de marzo de 1892 el agua llegó a ésta altura) y el Ayuntamiento acordó abundante socorro a los menesterosos, repartiéndose entre el Jueves Santo y los días de Feria 5.000 hogazas de pan y 12.000 bonos de comida.

En las riadas de los años 1891 y 1892, las aguas alcanzan una altura de 9,31 metros.

Además de los consiguientes daños materiales, las inundaciones, que por unos días convierten a gran parte de la ciudad en verdaderas lagunas; con la rotura de los pozos negros, a través de los husillos de los alcantarillados, la situación clama al cielo. El paisaje desolado adquiere entonaciones ciertamente dramáticas. El comercio, la industria, la agricultura y las instalaciones portuarias ofrecen a la mirada un espectáculo sangrante; un paisaje para la desesperación, sobre todo para los habitantes de Extramuros, Triana y San Bernardo. El Guadalquivir animado por sus afluentes Tamarguillo, Tagarete y Guadaíra sume a los barrios en la congoja, sobre todo a los más humildes, que sufren el desmadre por los cuatro costados.

Dos caras, dos estampas de Sevilla: una que va a la Feria y la otra, castigada por una «Venecia indeseada». Una entre el légamo y el fango, y la otra entre farolillos. Ante la huella latente y cercana del último naufragio en Triana rezan las crónicas este severo mundo de contrastes:

El puente de Isabel II, cubierta la silueta con farolillos verdes en los arcos y rojos en la plataforma; en el río que recorría una banda de música embarcada, los buques aparecían también iluminados a la veneciana y la Torre del Oro ofrecía fantástico aspecto; por el paseo

de la orilla del río, también iluminado en un gran trecho, hubo numerosa concurrencia a pie y en carruajes.

Una Sevilla iluminada y la otra sin luz, abocada a la religión del sufrimiento. Un paisaje superrealista entre la alegría poniendo fondo a la amargura; un teatro donde los actores lloran viendo la alegría de los demás. Solo los niños —ajenos— disfrutan viendo mares por todas partes.

Es de vital importancia, el papel que juega el Guadalquivir en las manifestaciones lúdico-festivas de Sevilla. Todo gira en torno al río. Un mundo dentro de otro mundo. Un río cruel y generoso que lo mismo reparte sonrisas que lágrimas.

La ciudad de Sevilla ostenta por esas fechas otra nota negra más que añadir: el triste récord de ser la primera en España —y la tercera en el mundo— por su índice de mortalidad, de tan escasas como son las condiciones de salud e higiene públicas. Las calles de Sevilla se convierten en una nevada de ataúdes blancos de tantos niños como «suben al cielo».

El año que nace Juan Belmonte, el escultor Antonio Susillo ve inaugurado su monumento a Velázquez, situado en la Plaza del Duque, aunque la crítica no lo considera su obra de más logro. Si nos fijamos bien y con un poco de fantasía a la cosa, veremos que la estatua carga la suerte con acento belmontino, la pierna contraria *pa'lante* marca un tiempo y un camino en el aire; quieta la planta y un leve giro de cintura ¡Es demasiado prodigio que también clave el mentón en el pecho y que corra las manos! Por lo tanto, a la figura de bronce del pintor no le falta gracia, empaque o buen ángel. Todo lo que tiene duende tiene arte; como los sonidos negros de Manuel Torre. Velázquez es casi el inventor de la perspectiva aérea, lo mismo que Belmonte inventa el temple, el buen aire del toreo, como veremos más adelante. Velázquez templea la luz y Belmonte el toro en un barroquismo genuinamente sevillano.

En una casa, de tres pisos con balcón florido, sobre la puerta de entrada un letrero rotula en madera *La Constancia* y anegada hasta los topes de mercadería, gasta Juanillo sus primeros años y sus primeras energías, entre la bulla de la gente de la venta y de la compra. Trásiego que vive en propia carne, pues su padre es reputado comerciante. Buena mano para la quincallería y la mercería. Y ojo de gavilán allí donde se presenten los restos de un naufragio. Donde huele a quiebra o liquidación —cosa frecuente— allí se presenta como un clavo el señor José con la vara y su labia.

El modesto hogar de los Belmonte, más se acerca a un museo que a otra cosa. En la apretada atmósfera danzan en disparate el titirimundi de las cosas. La mágica república donde gobiernan las cosas inestables, donde todo es posible que entren en un mismo cajón sin la queja de la memoria de lo viejo. Cosas. Olor a rancio. Un desembarco de objetos. Las cosas, además de memoria, también tienen alma: el alma de los antiguos dueños. No existe poeta que no haya avivado su numen al socaire de las cosas y hasta el egregio Valle-Inclán grita:

¡Viva la bagatela!

Así imagina el poeta Miguel Fernández la tiendecita:

En esa soledad del quincallero, las repisas con ángeles de purpurina, guirnaldas, palimpsestos, madejas, hoces, tijeras, tarros, cerámicas, muñecas, relojes, mapamundis, sotanas, llaves, joyas, heráldica, exvotos, yerbaluisas, chalinas, libros. Y añadimos encajes, botones de nácar, hilos, ámbar, pasamanería, filigranas, cordoncillo, tira bordada, juguetería de latón, portarretratos...

Un universo en cada cosa y en cada cosa un universo. ¡Venga usted a la calle Feria! ¡Todo barato! Es el grito de guerra del señor José.

La llamada calle Feria y Ancha de la Feria proviene —según Santiago Montoto— de la que se celebra en estos lugares harto notables de todas las mercaderías que se hacen los jueves en la plaza, alrededores de la Iglesia de Ómnium Sanctorum y hasta san Juan de la Palma. Sin saberse cuando tiene principio, permanece los jueves de cada semana, que vulgarmente llaman feria. La Heria (Feria) citado por Cervantes, se pinta como un barrio terriblemente conflictivo y de armas tomar; basta recordar que entre los que mantean a Sancho Panza en el Corral de la Venta, dos de ellos son oriundos de dicho barrio. (En la calle Feria acaece la célebre revuelta del Pendón Verde).

Sobre el «jueves sevillano», (en la niñez de Juan) Chaves Nogales dibuja esta estampita con poco color y desvaídos trazos, pero no exenta de cierta poesía:

Un auténtico zoco marroquí, al que acuden los baratilleros de toda Sevilla y venden papel, libros, loza y hierros viejos; vienen también los piñoneros serranos y los hortelanos de la Vega con sus nísperos y sus alcauciles. En el Jueves además se venden garbanzos tostados, pipas de girasoles, avellanas verdes, palmitos, cigarrillos de cacao y unos peces y unos gallos de caramelo rojo maravilloso.

Sevilla —según el pícaro Guzmán de Alfarache— se acomoda bien para cualquier granjería, tanto se lleve a vender como se compra, porque hay mercante para todo.

La Sevilla de por aquel entonces hierve en un puro pregón. De día y de noche. No hay tregua para los voceadores de las mercancías. Reventadores de siestas y «quintos sueños». Nunca duermen aquellas hormigas con alma de chicharras, vozarrones que parecen que suenan dentro de una tinaja por lo señaladas. Hay pregoneros que marcan el comienzo de cada estación, con el señuelo de su sola voz ya se sabe cuando entra la primavera o cuando finaliza el verano. Son almanaques seguros. La maravillosa prosa del poeta Luís Cernuda ilumina estos tres pregones:

Uno cuando llegaba la primavera, alta ya la tarde, abiertos ya los balcones, hacia los cuales la brisa traía un aroma áspero, duro y agudo, que casi cosquilleaba la nariz. Pasaban gentes: mujeres vestidas de telas ligeras y claras; hombres, unos con traje de negra alpaca o hilo amarillento y otros con chaqueta de dril desteñido y al brazo el canasto ya vacío del almuerzo, de vuelta del trabajo. Entonces unas calles más allá se alzaba el grito de ¡Claveles! ¡Claveles!

El segundo pregón era al mediodía, en el verano. La vela estaba echada sobre el patio, manteniendo la casa en fresca penumbra. La puerta entornada de la calle apenas dejaba penetrar en el zaguán un eco de luz. Sonaba el agua de la fuente adormecida bajo su corona de hojas verdes. Qué grato en la dejadez del mediodía estival, en la somnolencia del ambiente balancearse sobre la mecedora de rejilla. Todo era ligero, flotante; el mundo, como una pompa de jabón, giraba, frágil, irisado, irreal. Y de pronto, detrás de las puertas, desde la calle llena de sol, venía de joso la queja que arranca el goce, el grito de ¡Los pejerreyes!

El tercer pregón era al anochecer, en otoño, el farolero había pasado ya, con su garfio al hombro en cuyo extremo se agitaba como un alma la llamilla azulada, encendiendo los faroles de la calle. A la luz lívida del gas brillaban las piedras de las primeras lluvias. Un balcón aquí, una puerta allá comenzaba a iluminarse por la acera de enfrente, tan próxima en la estrecha calle. Luego se oía correr las persianas, cerrar los postigos. Tras el visillo del balcón la frente apoyada al frío del cristal, miraba el niño la calle, esperando.

Entonces surgía la voz del vendedor viejo llenando el anochecer con su pregón ronco de ¡Alhucema fresca!

Pepe el de la Matrona, el siempre recordado cantaor sevillano-trianero, un trono barroco de gracia flamenca, pone de esta manera en su memoria su versión sobre los pregones en la Sevilla de principios del siglo xx:

Había muchos pregones: uno que le decían Papati que no vendía más que papas, era medio jorobado y vivía en la Encarnación. Había otro que le llamaban Cantón, que también vendía tomates y verduras; otro que salía con los escobones. Otro había que salía de madrugá a vender boquillas y tubos pa er quinqué ¡con una voz! Entonces se usaba mucho el quinqué de petróleo ya media noche salía aquel tío: ¡Boquillas y tubos pa er quinqué! Otro salía con una jaquilla por la noche a vender vino y vinagre: ¡al vino y al vinagre! con una voz... a media noche cuando estaba to er mundo durmiendo, despertando a medio mundo.

Luis Cernuda y Pepe el de la Matrona: dos pregones diferentes pero tan igualados en el sentimiento. Dos retratos de Sevilla. Dos mundos tan iguales; pero tan distintos. Uno canto; el otro, cante. Dos almas en blanco y negro sobre un coloreado paisaje. Dos gritos, dos silencios en una ciudad donde es posible ver lo mismo la alegría que la tristeza paseando por la calle. Alguna vez aquel zagaleta espabilado y de ojos azabaches tiene que pregonar la mercancía ¡Hilo dorado pa los mantos!

El poeta trianero Emilio Jiménez Díaz da tono a esta breve lámina escrita:

Pasear, posar por las calles y plazas sevillanas, es siempre una suerte, gozo sobre todo, y, muchas veces como un llorar en solitario por esas pérdidas irremediables, que ya solo viven en los papeles añejos de la historia. «Sevilla varía y crece. Hay algo que se va y nosotros con ello», dijo el poeta de los cielos perdidos. Y como en ese algo que se va nosotros estamos inmersos, debemos apurar nuestros pasos y no cansarnos de repetirlos en las huellas de un presente en el que, por fortuita mano, aún pueden clavarse nuestros ojos en la torre única —como la definió Chaves Nogales— y en parte ese legado de maravillosos y secretos encantos de la Ciu-

dad de la Gracia, por la que tantas veces paseara, como un espíritu en ella misma, quintaesencia de sensibilidad, el eterno divagador José María Izquierdo.

El niño Juan, Juanillo *el Quincallero*, que por este remoquete se le conoce hasta que se lo llevan en hombros desde la Maestranza a Triana, pisa ya el colegio —en una miga—, donde va a permanecer sólo cuatro años; poco tiempo, es verdad, para quien se va a codear pocos años después con lo más granado de la intelectualidad del país. En su mente toma ya asiento el hombre antiacadémico, dentro y fuera de la plaza, bien claro lo dijo ya en plena gloria: «Yo no sé reglas, ni tengo reglas, ni creo en las reglas». Desde el tallo de la infancia huye hacia adelante, no está hecho su temperamento para las rigideces y los encorsetamientos que marca la sociedad. Lo suyo es ser libre y estar libre. Tira el niño por la calle de en medio con el terrible riesgo que esto supone en tiempos tan difíciles: engrosar las abultadas listas del índice de analfabetismo reinante; el camino más claro que aguarda a los niños que abominan de las escuelas, de los desertores del Catón.

Sevilla registra por aquella época un altísimo índice de analfabetismo y problemas de la vivienda. El treinta por ciento no sabe ni leer, ni escribir. El modo de vida de los obreros se presenta angustioso; se reparten en un reducido número de industrias y fábricas. El río Guadalquivir constituye la vara de medir o el termómetro que marca el pulso comercial de la ciudad. Desde la arrancada del siglo, Sevilla vive en una permanente pesadilla, en una delirante fiebre de agitaciones y conflictos sociales. El paisaje que atisba el niño Juan Belmonte no puede ser más agrio.

En la religión del sufrimiento ya no caben más hermanos. Así en 1901 el cierre de una fábrica de loza desencadena en una huelga general dirigida por anarquistas. La violencia y la represión pinta un cuadro de horror, manchando de sangre a todo el barrio de Triana. Se suceden los paros y las huelgas. En 1911 otra huelga general. La gente del campo ya no soporta más la miseria. La lucha se conforma ya frente a frente: huelgas, atentados, detenciones, muertes. Sevilla parece una olla de barro hirviendo a punto de reventar. En medio de una asfixiante atmósfera de hambre, pobreza e incultura; la guerra ideológica echa las banderas al viento. El curso y discurso de la violencia es frecuente riada de trabajosa contención. Mucho trabajo: poco dinero determina la ecuación que da como resultado: «*to mu caro, mu caro*». Una realidad de difícil digestión. Revueltas, anarquismo, social sindicalismo... La cara visible del milenarismo andaluz.

El paisaje político se entona con los colores de los liberales, los conservadores y por las minorías republicanas: Partido Maurista, Unión Comercial, Liga Católica. Entre todos los políticos sevillanos, uno sobresale: Don Pedro Rodríguez de la Borbolla, el único hombre que vive en Sevilla por y para la política.

En las calles de Sevilla, los mozalbetes vocean los últimos acontecimientos:

¡El Noticiero! ¡ABC! ¡El Liberal! ¡El Correo!

Veinticuatro periódicos se registran en Sevilla para pregonar, pero a pesar de todo la gente se echa a las tabernas. Se lee poco.

La mendicidad trae de cabeza al Ayuntamiento, que bando tras bando se muestra impotente para su regulación.

La prostitución desborda como el río. Para ello se funda en la calle Iniesta, la Casa de las Arrepentidas.

Los diteros chupando la sangre al pobre. Asilos, hospicios y beneficencias. Cualquier sitio es bueno para un muladar. Huele a sucio, con el alivio de algún jazmín perdido entre los desconchones de los abandonados muros.

En la calle, la imagen cortita de una monja limosnera sufre de puerta en puerta y en las cuatro estaciones: Sor Ángela de la Cruz.

Tristes imágenes de Sevilla para captar por el flamante cinematógrafo.

Se pregunta Rubén Darío:

¿Dónde está el encanto de Sevilla?

¿Cómo se compone físicamente la ciudad que ve discurrir la infancia del pequeño Juan? Como el que hojea una amarillenta revista de estampas sevillanas de ayer; he aquí a grandes rasgos una panorámica, que paso a describir con la ayuda de los historiadores Alfonso Braojos, María Parias y Leandro Álvarez.

Poco variaba la ciudad, con el actual casco antiguo, por fuera del viejo recinto amurallado; las barriadas de Triana, Los Humeros, La Cestería, La Carretería, El Baratillo, la Resolana, La Macarena, San Roque-Calzada y San Bernardo. Insuficiente extensión (unas 400 has.) para abrigar a una población en continuo furor demográfico a partir de la cifra de 148.315 habitantes. La contestada demolición de las murallas no supone el brebaje milagroso que atempere la situación.

La danza urbanística Sevilla pierde el paso; por un lado, grandes extensiones son escasamente edificadas (zona Aeropuerto, Cementerio), por otro, los terrenos se mueren de risa de puro baldío. Esto crea un gravísimo desequilibrio urbanístico que tapona la natural expansión de la ciudad.

En el paisaje circundante de la urbe, contorneando el casco urbano se localizan un buen número de huertas de capital importancia para el abastecimiento de la misma. Con el tiempo son absorbidas por el espacio urbano. Sevilla se despereza y abre sus voraces fauces para irse tragando uno a uno —como una leona de piedra— aquellos cercanos vergeles, paraísos a un tiro de china de las aventuras y desventuras de la golfa chiquillería sevillana. Aquellas huertas orillando de verde la ciudad; frescos edenes o paraísos perdidos yacen hoy entre los cimientos de hormigón de las barriadas que, por lo menos, conservan sus nombres originarios; Los Remedios, La Barzola, Los Pajaritos, Árbol Gordo, Huerta del Rey, El Fontanal, Prado de Santa Justa... El espectro de la especulación del suelo empieza a frotarse ya las manos.

Con estas dos pinceladas costumbristas, una a la manera de veladura y la otra algo más pigmentada, más empastada, seguimos aproximándonos a la Sevilla de Juan Belmonte niño.

Así la traza Manuel Rincón:

Calles en general estrechas y tortuosas... plazas terrizas con árboles de álamos, acacias, palmeras o naranjos. Reinaba un apacible silencio que de vez en cuando era interrumpido por el chirrido de un carro, las pisadas de un caballo o los artísticos pregones de los vendedores ambulantes. El alumbrado público era de gas y como los faroles estaban bastantes distanciados, puede decirse que Sevilla de noche quedaba en una dulce penumbra.

La prosa densa y jugosa de Chaves Nogales, que además de saltar a la fama por su biografía sobre Juan Belmonte se le considera uno de los mejores exploradores de la ciudad de los contrastes; de los pocos que «patean» y se acercan con buen tino al alma difícil de Sevilla, «sin dejarse hechizar por la pirotecnia de sus duendecillos domésticos», como advierte al posible lector la solapa de uno de sus libros más celebrados: *La ciudad*. Más adelante vemos la estrecha relación que Chaves Nogales tiene con el ídolo trianero.

El escritor sevillano ofrece en este cuadro de gruesa textura cromática, el miramiento fugaz sobre una ciudad más vencida por las sombras que por la luz, con graves entonaciones tenebristas. Una ciudad de severos contrastes, sorprendida y despreocupada por los nuevos aires que se avecinan. Chaves Nogales echa así su mirada barroca a la ciudad que respira el niño de señor José el quincallero:

A las del convento suceden los paredones de una fábrica, el talabartero deja su hueco de stockista de Ford o Citroen, en el corralón de las viejas posadas ponen cinematógrafos y por la calzada donde antes saltaban las carreteras, zigzaguean los taxímetros. Esta evolución constante le da apariencia caótica por el choque perenne de los anacronismos y los contrasentidos. Ya ha surgido el gran edificio de las pañerías inglesas; y aún hay al lado un ropavejero; todavía no se ha ido el memorialista y ya está allí empujándole a morirse la cabina de teléfono público; junto a la Hermandad del Santísimo Cristo de las Llagas está el local del sindicato marxista; aún no se ha arruinado del todo el señorito terrateniente y ya quieren comprarle la casa para edificar la sucursal de un banco; los quincalleros con sus puestos ambulantes, disputan la calzada a los raíles del tranvía; los carros de los entradores del mercado llevan a su paso moroso a los automóviles que vienen detrás bocinándoles inútilmente; los pajaritos tapan las bocacalles con sus murallas de jaulas; tapizan las aceras los vendedores de estampas y libreros de viejo; las tabernas sacan a la calle sus veladores de mármol y sus sillas de tijeras; en las esquinas hay grupos de campesinos y albañiles sin trabajo que toman desesperadamente el sol, y mocitos gandules y achulados que beben vasos de café y copitas de aguardiente; los chicos se pegan y apedrean en bandadas; gruñen las viejas, presumen las mozuelas, discuten las comadres, los perros merodean a las puertas de las carnicerías y el agua sucia corre en regato por el arroyo.

En este paisaje que nos habla de escombros y adelantos, chispa más o menos como ocurre en el mundo, aquel chiquillo, vivo, algo tardo en la voz, deja correr —a zancadas— su vida

y se bebe trago a trago el norte de Triana. Con extraña boinilla —sin rabillo— de tintes marciales, encima de una faz menuda por donde se fuga liviana la sonrisa; pelillo negro y lacio; mirada dentro de dos estrellas de azabache; de semblante pasmoso —más por dentro que por fuera—, chaquetilla de paño de alta botonadura y pañuelo de seda blanco al cuello. Exclama Juan Belmonte ya en la vejez al ver una fotografía suya de niño: «¡Cuando yo era así de bonito!».



«¡Cuando yo era así de bonito!»,
comenta Juan, ya viejo,
al verse en esta foto

De la Alameda al Altozano

De una casa cómoda de tres pisos se mudan a una casa de vecindad de la calle Castilla. ¡La Triana de los Caganchos y los Pelaos! El barrio de donde sale un marinero loco para darle la vuelta al mundo. La Triana de las gitanerías flamencas. Tierra de la *toná* y de una soleá muy particular. Torno y yunque de cante jondo. Asiento de la «Serva la Barí», la ciudad fantástica y engañosa de los gitanos. La Cava de los Civiles y la Cava de los Gitanos. De la gente del tricornio y la gente flamenca. Los cafés de cante de Tejar Chamusquino y Monte Pirolo haciendo historia. En su calidad de barrio gitano de la metrópolis —según Manuel Ríos Ruiz— se configura como lugar de atracción de los aficionados de la época. Triana, núcleo «soleaero» por excelencia desde el pasado siglo. Voces payas y gitanas que, junto a la de los alfareros del barrio, injertan variedad al estilo. El recuerdo pintoresco de Ramón aquel cantaor de gran pecho en medio del río, desde una barca, y la gente lo oye desde la orilla. Una garganta prodigiosa.

Triana, guarda y collación de la ciudad, rezan los papeles antiguos. La Triana de la alfarería y de la pólvora; del jabón y las herrerías; de la cerámica universal; la orfebrería y la mercadería. De los marineros río abajo buscando los grandes océanos De románticos y bohemios y locos divinos. Más cerca del Aljarafe que de la propia Sevilla. La Triana tónica y cierta de las cofradías, que lo mismo siente la candela del Rocío que el quejido último y helado del Cachorro.

Triana como en el cante flamenco, tiene el origen nebuloso. «En Triana —dice la gente de allí— se es o no se es; no hay medianía». Imprime carácter, es el barrio más universal del mundo. Triana de misteriosa nacencia, no es un barrio de Sevilla, sino una hija madrera que vive a la otra orilla del río.

Así principia el escritor trianero Ángel Vela Nieto (hijo de alfarero) su libro *Triana en tres tiempos*:

Aunque vea a Triana separada de su madre, es tan madrera como rebelde, pero casi nunca díscola. Está forjada en yunques y moldeada en tornos; ama el arte y el ingenio, es la primera en el baile y la última en abandonar el tajo. Engendró inquisidores y aventureros,

santos y flamencos, toreros y cupletistas, pintores e intelectuales; donde tuvo un fraile puso dos tabernas. Las aguas del Guadalquivir, su Río, la bautizaron mil veces; y para dar ejemplo de convivencia albergó a gitanos y civiles (de tricornio) en la misma calle...

Por el puente trianero adelante, imaginamos un carro que mueve una mula, de carga hasta los topes de cambalaches. Seguramente, entre el batiburrillo de muebles y cacharrería, encaramado en la loma de un colchón de borra, un niño solitario avista el nuevo reino de los corrales de vecinos: Triana.

Al frente, el edificio de la Torre del Reloj, la escalerilla de Tagua, la Alamedilla debajo del puente (donde está ahora el bronce de Juan); las casetas de carabineros; los tejados de la fábrica de jabón de Doña Juana Conradi; La calle Betis reflejada en el río, el muelle un surtidor de embarcaciones (buques de vapor, bergantines, goletas, chalupas y un sin número de barcas; barcos de vela y «gangiles» areneros y la sirenita de vapor que navega a su albedrío.

A cada lado del Puente, de dos en dos farolas de fundición sobre gruesos pedestales de piedra. Farolas de gas que al caer la tarde velan la atmósfera con un suave rumor fantasmagórico, casi mágico, como una pintura de Turner.

Manuel Macías, historiador trianero, a través de una fotografía de hace cien años refleja esta visión sobre el puente de Triana:

Se advierte un tráfico de carros y caballerías intenso. Se reflejan las indumentarias características: las chaquetillas cortas o las «chupas»; los sombreros de ala tipo queso; los sombreros «portugueses» muy usados en ese tiempo y algún que otro bombín, gorra o boina. También eran de uso los chalecos, con la faja y el pantalón estrecho. Las mujeres llevaban falda larga terminada en discretos volantes, el clásico mantón de flecos. El calzado por lo general eran alpargatas con suela de esparto.

Asomados o apoyados en los pretilos, a un lado y otro, la gente echa el tiempo al aire. El Altozano se convierte en un hervidero sobre todo al apretar la mañana; punto de encuentro de la gente que sale y entra a Triana. En un cuadro costumbrista de García Ramos se refleja con claridad este ambiente. El propio Juan Belmonte, cincuenta años después, describe su llegada a Triana en un artículo que publica ABC:

Mi familia se trasladó de la calle Feria, al finalizar el siglo pasado, y cuando pude darme cuenta del cambio de ambiente advertí, en el que iba a ser el mío entrañable, unas diferencias radicales. Quizá porque antes de la construcción del puente de Isabel II, el que aún se conoce como el puente de Triana, la comunicación entre las dos orillas de la ciudad no era intensa, el hecho es que entre trianeros y sevillanos existían separaciones muy marcadas. Recuerdo a propósito, haberle oído a mi madre exclamar un día: «Ozú; hace tres años que no voy a Sevilla», estas o parecidas palabras podrían pronunciarlas entonces muchas otras mujeres y también no pocos hombres de Triana y ellas explican la manera especial y el carácter original de las gentes de Triana que, de modo más directo y acentuado, se manifestaban especialmente en los niños, Los chiquillos, dentro de un denominador común, tenían sus pandillas distintas y todas ellas parecían, por su anarquía, como tribus africanas: los chicos teníamos nuestras hondas ceñidas a la cintura y pronto encontrábamos piedras para guerrear, los de

una calle con los de otras calles y plazas y también se «celebraban» pedreas de mayor hostilidad con los de la otra orilla; en los escenarios del puente del ferrocarril y la pasadera del agua, con avances y repliegues y, naturalmente, con vencedores y vencidos en batallas campales muy duras, Estas guerras tenían para mí consecuencias personales, pues así como la mayoría de los chiquillos de Triana iban poco a Sevilla, yo, por necesidades de nuestro comercio de quincalla, tenía que cruzar el puente para realizar compras y a veces, me encontraba con guerrilleros contrarios y entonces la guerra tomaba un sesgo individual, no siempre tranquilizador, hasta el punto de que había algunos sitios por los que yo no podía pasar.

Prosigue el torero de Triana atizando la memoria:

Este carácter belicoso chocaba especialmente con todo que considerábamos extravagante, simplemente por el hecho de sernos extraño, y los turistas de indumentaria no usuales en Triana y todos los que llevaban canotier eran blanco de los grupos de chavales que les hacían una guerra menos dura, porque los proyectiles consistían en pellas de barro. Mucho barro y fango existía en las calles terrizas y sobre todo, en la subida del Altozano, donde la chiquillería que tomaba el sol en aquel sitio se recreaba en el espectáculo del difícil arrastre de los carros para remontar la enfangada pendiente; hasta había tiros de mulas de fresco para ayudar a los enganches de menor fuerza.

En este singular paisaje se fragua su talento barroco y su soplo dramático. Aquel niño guerrero y «miralotodo» va dejando caer poco a poco los pétalos de su flor agridulce. Pronto va a dar el gran salto mortal al vacío de la vida; en ese difícil equilibrio que va a ser para él la vida. Admira siempre —desde la primera razón— a un alambrista de circo al que llaman Robledillo.

Sus ansias de respirar la vida a pleno pulmón le va a llevar por las veredas de la rebeldía. No se le va a caer nunca el techo de la casa encima de tanto estar en la calle. Recorre la familia todas las casas de Triana (en desahucio por falta de pago). Vive en las calles Castilla, Pagés del Corro, Pureza, Procurador, Pasaje Bernal, Lugo, Antillano Campos y en el Altozano. Un paisaje de quita y pon hecho a la medida para imaginar la vida y soñar, y vivir entre granujas y bohemios, locos y aventureros y anarquistas con causa o sin ella. El paisaje hace el paisanaje dice la voz del pueblo. La sombra de *Rinconete y Cortadillo* planea larga. La sogá también es larga. En cada esquina un mundo por descubrir. ¿Para qué estudiar y darse aplicación, si va a ser el primer maestro de escuela que coma a diario? Según vaticina el escritor Luis de Tapia.

No se puede figurar Juanillo *el Quincallero* que, apenas una docena de años después, un revistero taurino, Corinto y Oro, escribe a raíz de su primer triunfo en la Maestranza:

Juan Belmonte con profundo desconocimiento de las matemáticas se empeñó en demostrarnos que 4×5 eran 21 y se llevaba 3 y el tribunal convencidísimo se lo llevó a hombros hasta Triana.

Se instala la familia Belmonte en Triana, en un corral de vecinos de la calle Castilla. Este tipo de viviendas resultan tan económicas como incómodas. En muchos casos el hacinamiento crea un sinfín de problemas aleatorios derivados de gruesas carencias de in-

fraestructuras. Muchos de los corrales de vecinos son en otro tiempo palacios que van a menos. La estampa pintoresca, sin profundizar en sus caracteres peculiares, se difunde a los cuatro vientos. En una estampa empalagosa y almibarada que nada se parece al verdadero espíritu que sopla dentro de estas singulares formas de vida. Desde el limón a la miel, mucho tópico se pinta y se escribe.

Una anciana de Triana vestida de negro y peinado con rodete, a la entrada del verano, al caer la fresquita refiere su particular visión de los corrales de vecinos:

Mire usted, en los patios de vecinos, aquello parecía una nación —yo me crie en uno de la calle Pureza—. Resulta que había gente de todo pelaje; las había mu güena, mu güena y mu mala, mu mala. Había quien no le daba sombra a nadie y los que se servían los unos a los otros. Gente de presidio y gente pa los altares. Y había, eso sí, gente con mucho arte mu sembrá; se hacían fiestas y celebraciones con cante del bueno, y sevillanas, que no veas. Siempre había alguien que cantíneaba. Los patios se ponían llenito de flores. Luego estaban los demonios de los chiquillos cada uno salido, lo mismo que sus padres, de un bujero distinto; eran traviesos pa reventar; por mor de ellos se daban jachares la vecindad. También había mucha miseria y había que conformarse con un pedazo de pan seco sin poderle huntar na porque la veta estaba mu mala, mu malita pa to el mundo. Y la enfermedad y to eso...

Calla la voz popular y habla el académico, el profesor Morales Padrón, que escribe muchas páginas sobre el tema, aboceta el prototipo de aquellas viviendas colectivas:

El corral de vecinos no es, sino un gran patio rodeado de habitaciones, en una, dos o tres plantas que se vuelcan a él, gozando de unos servicios sanitarios y lavaderos comunes y teniendo en cambio unas cocinas individuales a la entrada de la habitación, bien en un poyete, bien en una alacena.

Entre los vecinos y el dueño del corral estaban los caseros (la casera) matrimonio casi siempre sin hijos, encargado de cobrar, cuidar el orden de la limpieza, del gasto del agua y luz común, etc.

En estos corrales o patios se celebraban cruces de mayo, como ha recogido una pintura costumbrista y una literatura archiconocida; y se cantaban unas sevillanas llamadas sevillanas corraleras de ritmo más lento que las actuales.

Todos los corrales destacaban por su limpieza, riqueza de flores, albura de la cal...

Pasado el tiempo los patios de vecindad, mueren lenta, pero inexorablemente, ante el furor de la piqueta. La «modernidad» mal entendida sombrea el caballo de pica, donde el discurso farragoso de unos tiempos nuevos no quieren respetar a nada ni a nadie. Desde una dialéctica de escombros se degenera hacia una transformación de viejos modos por otros nuevos, que casi siempre, resultan indeseables. En vez de mejorar un modo de vida se amputa de cuajo el genuino paisaje donde cuajan sus raíces generaciones y generaciones. Nada queda del corral de vecinos donde discurre la niñez y la juventud de Juan Belmonte. Nada.